



benjamín galemiri

Yo adoro la rutina

alejandra costamagna

Cuando recién comienza a transitar por el peldaño de los cuarenta años,

Benjamín Galemiri acaba de protagonizar una retrospectiva con sus principales obras en el Centro Cultural de España. La mayoría de éstas fueron publicadas hace pocos meses por el Departamento de Teatro de la Universidad de Chile en una cuidada edición de mil ejemplares. En octubre estrenará una pieza tripartita junto con Jorge Díaz y Marco Antonio de la Parra y en diciembre vendrá «El tratado de los afectos», bajo la dirección de Nieves Alcoz.

La existencia de Benjamín Galemiri tiene la marca del destino: sus abuelos judíos emigraron en barco hacia América Latina y su padre, abogado, militante del Partido Nacional, consiguió luego, en los años sesenta, un trabajo en Traiguán. Benjamín tenía entonces dos años. Era, quizás, la posibilidad de encontrar un sitio de arraigo. Pero el Sur no logró fortalecer el sentido de pertenencia al que parecía negado por destino. Luego vendría un nuevo destino: el de su (tránsito) habitual frente a la franquicia agriativa de su escritura.

«Yo introduje la sexualidad en mi familia -admite con una sonrisa ladeada-. Me refiero a los temas sexuales. Mi madre una tarde me llevó al cine y cuando mi padre supo que había visto en beso en la pantalla se cayó mucho. Entonces me di cuenta de que captarba su atención con ese tema y decidí empezar a hablar de sexo para captar todas las atenciones. Y de pasada podría filosofar y analizar el país.

Años más tarde -y luego de transitar por las aulas de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Chile, de protagonizar un desahogo en teatro, de hacer cine y de agotar la temática escribiendo fríasica-mente- Benjamín Galemiri logró captar la atención, ya no del padre, sino de un público teatral que comenzó a dar señales de creciente devoción. Obras como «El solitario» (1994), «Un dulce aire canalla» (1995), «El seductor» (1996), «El ciclo del sexo» (1997) o «Jehová o la guía de los peregrinos» (1998), estrenadas por la compañía Batón Negro, a cargo de Alejandro Goic, arrojaron sobre sus espaldas parte de los ruidos que hoy cargan dramaturgos políticos, autor de textos perturbadores, delirantes y, ciertamente, sexuales.

Tus obras han sido muy criticadas...

«Cuando empecé con el teatro, en los años noventa, se me acusó de pequeño burgués. Parece que en este país alguien se asustó de que aparecerían obras donde la sexualidad primara sobre la vida. Porque la sexualidad es lo prohibido. De ahí los ataques. Pero eso dará basta que los franceses comenzaron a interesarse y a decir que mis textos describían Chile y Latinoamérica quizás más profundamente que otras obras que iban directo al hueso.

¿Y la política?

«Yo tengo una visión porno de la política. Ahí está la sexualidad involucrada. Para mí una intervención política es el signo de una tremenda impotencia sexual. Y un golpe de estado esconde castraciones sexuales expontosas. Detrás de Pinochet hay una gran historia de represión sexual. Hay mucha enfermedad, algo no resuelto socialmente. Cuando hablo de las relaciones entre hombres y mujeres, en el fondo estoy hablando de cómo es sexualmente Chile. En el fondo atemo todos autores políticos». Porque si la señora tiene una inconveniencia terrible con el marido y él es una frustración peor, no es solamente por cuestiones ideológicas sino políticas. Para profesión es como la de los médicos: a mí me pasó una especialidad y estoy asustado desde lo mío. Pero el paciente es el mismo, es Chile.

¿Y cuál es tu especialidad?

«Al final soy un filósofo frustrado. Me gustaría que mis obras de teatro fueran tratados sobre nosotros, sobre nuestro país, sobre América Latina. De alguna manera hago postulados con cada una de las obras. Y también me aprovecho de este material guardado que es mi infancia y mi biografía, y lo meto en la ficción. El filtro de la deformación cinematográfica que uno pone frente a las cámaras, definitivamente funciona. Yo busqué el filtro que me convenía más para darle realce a mi vida. Fato imagen un poco peregrina, del western de Traiguán, me conviene mucho. Los conflictos y alarmismos indígenas de estos días yo los veo venir desde mis años de infancia. Como abogado, a mi padre le tocó defender a algunos latifundistas. De-

pues se preocupó porque descubri el gran egoísmo que había en ellos. Desde chico yo veía pasar por la ventana a un grupo de mapaches y dos horas después a un caballo y luego una oveja y luego un Ford del año cincuenta. Yo notaba algo. Mi visión siempre ha sido emocional, más que política. Imagínate lo que era para mí estar en un pueblo como Traiguán, ser chileno y judío, una especie de hijo de diablo de fundo, convivir con los mapaches, ir al cine y ver cómo los habían la metida a los pollos indios en los western... No era una situación un poquito épica del mundo. Siempre

pensaba que esto iba a terminar en una batalla, en una película del Lejano Oeste. Las contradicciones son muy fuertes para mí. Pero estaba de compaginar todo eso. Pienso que en una época en que se estaba viviendo a concho. Yo veía todo como un material asimilable, sin restricción ni condicionamientos. Para mí, todo podía ser utilizable creativamente. Era una provocación permanente.

¿De qué manera esa provocación convive hoy con tu lado más conservador?

«Es que para ser un tipo provocador tengo que ser también metódico, serio. Yo soy muy rutinario. En las mañanas entro a la oficina como si fuera el negocio de mi abuelo inmigrante. Y almorzo la cortina y la empujo con cuidado y reviso los fin y veo las cuentas. Es la actitud del judío conservador que, en el fondo, tiene una carga bíblica terrible. Yo no ando con pinta de escritor ni con la coleta larga del pelo ni con nada de eso. Mi fecha no denota nada. Yo goro con los cajeros automáticos, con los taxis. Me gusta mucho la rutina, la adoro, y eso es mi lado más conservador.

¿Cómo se expresa ese conservadurismo en términos políticos? ¿ónde te ubicas?

«Yo soy lo que llaman un... liberal... no, me un liberal... ¿cómo poder llamarlo? Bueno, en una época fui muy influido por Bakunin. Mira, lo claro es que tengo una visión ética muy fuerte de anticonformismo y antimercado. Yo no tolero ninguna huevala que signifique discriminación o persecución. Y me tiene que ver con mi condición judía, chilena y socorrista. Soy anti-todo. Puedo ser un tipo con contradicciones, pero para mí el prospecto ético es fundamental. »

AUTORÍA

Galemiri, Benjamín

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Yo adoro la rutina [artículo] Alejandra Costamagna

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile